

# La mirada de los Diego

---

## Fefé, Lichi y Rapi

### I. JOAQUINITO

#### *Fefé*<sup>1</sup>

«¡Tienen que jugar con Joaquinito!», nos dijo mamá, y mis dos hermanos y yo nos miramos sorprendidos, sin entender aquella extraña orden. Vivíamos en una casa con un jardín enorme, Villa Berta, en un pueblito en las afueras de la ciudad llamado Arroyo Naranjo y, hasta ese momento, siempre habíamos escogido a nuestros amigos sin que nuestros padres intervinieran en tan sagrada decisión. Mamá nos explicó que Joaquinito tenía algunos problemas en su casa y que vendría acompañando por una persona mayor.

Al siguiente día llegó Joaquinito (para nosotros siempre fue así, en diminutivo) en un jeep del ejército, con un custodio. Todo era muy raro: de pronto, teníamos que jugar con una persona totalmente desconocida, nuestros compañeritos del barrio tampoco entendían muy bien quién era aquel gigante con el que debían compartir los juguetes y los secretos de nuestro jardín. Pero mamá nos lo había pedido, «es el hermano menor de Annabelle, complázcanme», casi nos suplicó. Y no nos quedó otro remedio que incorporarlo a nuestra rutina de juegos.

Pero Joaquinito tenía un carácter difícil. Era el hijo más pequeño de sus padres, el hermano chiquito de sus hermanas, el consentido de toda la familia. Además, por razones muy difíciles y largas de explicar, se vio, de la noche a la mañana, castigado de forma absolutamente injusta, preso en su propia casa, a la edad de once años.

Como una excepción, le permitieron ir a nuestra casa, que se encontraba cerca de la suya. Y Joaquinito se aferró a nosotros como lo hace un naufrago a una tabla en medio de un mar embravecido. Dispuesto a sobrevivir, contra viento y marea, nos «adoptó» y decidió convertirse en nuestro hermano, lo quisiéramos o no, a las buenas o a las malas, a pesar del custodio, del jeep, y de todo, «gústete a quien le guste y pésele a quien le pese», parecía decir, cuando llegaba decidido a ser feliz, a toda costa.

Era impositivo, dominante. No importaba a qué jugáramos, siempre tenía que ganar. Era el primero en llegar y el último en irse. A veces, cuando nos despertábamos, muy temprano en la mañana, ya estaba sentado en el portal, esperando por nosotros. Poco a poco se fue incorporando a la pandilla de amigos. Era un pésimo jugador de baloncesto, pero, por ser tan alto, todos terminaban tratando de que formara parte

---

<sup>1</sup> Josefina de Diego.

de su equipo: eran canastas seguras, no por su habilidad sino porque era imposible que pudiera fallar.

También comenzó a cambiar algunos de nuestros hábitos. Le encantaba leer, le gustaba el teatro. Nunca se me olvidará la cara de estupefacción de Chachi, uno de nuestros amigos, cuando, en una ocasión, Joaquinito propuso «jugar a *Romeo y Julieta*». «¿A qué?», preguntó, totalmente desconcertado, Chachi. «¡A las espadas!», le «traduje» enseguida. Chachi entendió al instante y comenzó a afilarle la punta a un gajo de mango. «¿Qué hace?», me preguntó Joaquinito, que pretendía comenzar rigurosos ensayos y ya tenía preparada toda una versión de la obra. A duras penas logré convencerlo de que tendría que adaptar su versión a las condiciones de los «actores», lo que aceptó a regañadientes. Las escenas de los duelos fueron todo un éxito y Joaquinito ganó mucho prestigio entre nuestros amigos del barrio.

Pasaron los años, llegó la adolescencia, Joaquinito pudo moverse con libertad. Fue entonces nuestro compañero en las fiestas, nos lo encontrábamos en la cine-  
teca, iba a casa, discutíamos, conversábamos. Tuvo problemas en sus estudios, en sus trabajos. Los años duros de su infancia lo habían convertido en una persona inestable, no lograba «sentar cabeza».

En 1987 se fue al Perú, donde vivió muchos años; luego se estableció en Madrid. Siempre nos mantuvimos en contacto, sabíamos de él, de sus romances, de sus hijos, de sus trabajos. Comencé a leer sus artículos, que me llenaron de orgullo. Finalmente, Joaquinito había encontrado su centro, dejó de ser intolerante e impositivo, a pesar de haber sufrido en carne propia la intolerancia y la imposición. Llegó a ser un conocedor profundo de la música cubana, escribió innumerables artículos sobre diferentes temas políticos, históricos, con una lucidez y profundidad asombrosas.

Su enfermedad y el fin irremediable que le esperaba nos sorprendió a todos. Hace sólo unas semanas me llamó por teléfono y me emocionó escuchar su voz, todavía juguetona y galante. Quiero recordarlo así, como siempre fue: valiente, batallador, indoblegable, tierno y caballeroso. Aquella tarde de 1964, hace cuarenta años, había entrado a nuestro jardín, sin que nosotros tres lo sospecháramos, un hermano «adoptivo» que necesitábamos y que nos hubiera hecho falta siempre; un amigo que, como diría papá, nos «agrandó el tiempo», nos acompañó, protegió y nos hizo mejores. Así fue. Y así seguirá siendo.

## II. EL OSO *Lichi*<sup>2</sup>

«¡A esconderse que ahí viene la basura!»  
CANCIÓN POPULAR CUBANA.

### I

Nadie sabe lo que es la amistad si no ha tenido por amigo un oso. El mío, también de mis dos hermanos, apareció en pantalones cortos una tarde cualquiera de 1965.

<sup>2</sup> Eliseo Alberto.

Llegó a Villa Berta, Arroyo Naranjo, La Habana, Cuba, Cuba Socialista, Primer Territorio Libre de América Latina, Faro Continental, en un jeep verde olivo, sin número de chapa (placa). Venía en el asiento trasero, con cara de «mírame y no me toques», y sólo al poner pie en tierra, creo, se sintió a salvo, como esos animalitos encadenados que, al verse sorprendidamente libres, echan a correr en cualquier dirección sin calcular los múltiples peligros de la estampida. Eso me pareció: que le habían levantado un castigo, una penitencia, y que su ansia de libertad le iba a costar muy caro, carísimo, aunque bien valiera la pena el intento. Luego de una rápida inspección ocular, el recién llegado nos obligó a jugar a los escondidos en el jardín. A eso había ido: a esconderse. La propuesta resultaba en verdad complicada porque esa mañana sabíamos muy poco de él, apenas que era pariente de Annabelle Rodríguez, amiga de la familia, y que vivía en el vecino pueblo de Calabazar, detrás de un viejo cementerio, en una casa con techo a cuatro aguas, de tejas rojas, parecida a la nuestra. Mamá nos había advertido: «Hoy van a conocer al hermano chiquito de Annabelle. Pórtense bien, es menor que ustedes». Ni mis hermanos ni yo teníamos claro su nombre —y sin ese dato, díganme, ¿cómo apuntarle con el dedo índice cuando lo descubriéramos agazapado tras la penca de una areca?

Las arecas son mal escudo. Resultaba facilito descubrirlo, jamón, pan comido, por dos razones principales. La primera: hace cuatro décadas, a sus once o doce años de edad, ya era un oso hecho y derecho. Bueno, derecho no, porque siempre trató de minimizar su maderamen de casi siete pies de estatura con un gesto de insignificancia corporal que lo traicionaba a cada movimiento. Trastabillaba con los picos de los muebles, perdía fácil el equilibrio y daba tumbos al caminar (siempre con los brazos abiertos, los brazos del abrazo); para colmo, tenía un vozarrón que tumbaba floreros al decir «¡Ya llegué, ya llegué!», con aliento de tonada tirolesa. Reía a borbotones. De haber sido pianista, el pulgar y el meñique de su mano derecha hubieran abarcado dos octavas. Tras la curvatura de sus hombros y el desdén de sus clavículas (como cualquier niño de precoz desarrollo hormonal, odiaba la redondez de sus tetillas), su modestia resultaba tan poco natural que ponía en evidencia una verdad contundente: siempre fue, siempre sería y por siempre será el más grande de todos. *Todos*, entonces, éramos nosotros cuatro. Cuatro gatos inocentes. La segunda razón que facilitaba la búsqueda/encuentro aún me pone la piel de gallina, pues nos daba a mis hermanos y a mí una ventaja enorme: donde quiera que se escondiese, lo mismo tras el pozo que entre los tarcos del garaje, había un sargento hosco cerca de él, leyendo una revista o haciéndose el bobo. Sucede que nuestro nuevo amigo estaba permanentemente vigilado: a pesar de sus divinas malacrianzas y su cara de niño, a pesar de sus bombachos, Joaquín Ordoqui García era, para efectos de la vida, un preso político. Un pequeño oso enjaulado.

Un pequeño-gran oso enjaulado que fumaba dos o tres cigarros al día, en rincones discretos, quizás con la esperanza preadolescente de aparentar (¿adelantar?) mayor edad. Esa hambre de madurez era fruto de la mala suerte, que desde pequeño le impuso la obligatoriedad de ser un tipo duro, en las buenas y en las pésimas. José Martí habla de frutos que maduran en las ramas y de frutos que maduran en los puestos del mercado, a palos. Para él, el tramo que va entre los juegos de la infancia y la fantasía de la adolescencia duró menos que un merengue en la puerta de un

colegio. Hijo de Joaquín Ordoqui y de Edith García Buchaca, dos incansables promotores de las ideas socialistas en la Cuba republicana (llegarían a ocupar máximas responsabilidades en la dirigencia del PSP, Partido Socialista Popular), el niño Joaquín sufrió en carne propia los sopapos del destierro. La casa de Calabazar (ahora puedo reconocerlo, después de sobrevivir quince años en tierra azteca) tenía aires de rancho poblano. México fue entonces para ellos, como tantas veces para miles de cubanos, un exilio apapachador. Con anterioridad, habían deambulado como gitanos por París, Praga, Moscú y Pekín. Poco tiempo después del triunfo revolucionario de 1959 (una coronación de la historia que los Ordoqui y los García Buchaca también celebrarían como suya, por derecho ganado en barricadas), mi buen amigo tuvo que padecer las crueldades rebeldes de la injusticia: en 1964 sus padres fueron detenidos y sometidos a prisión domiciliaria, en un proceso muy largo de contar pero, sin duda alguna, de una severidad extrema. Recuerdo el único mediodía que vi en Calabazar al viejo Joaquín, líder ferroviario y exsecretario de Organización del Partido. Estaba blanco en canas, muy enfermo; escribía sus memorias en una libreta escolar, al aire libre, sentado en la punta izquierda de la larga mesa de la terraza.

—Hola, Comandante —le dije con respeto a su grado militar.

—Dime compañero, muchacho —rectificó el sindicalista y continuó la tarea de no olvidar a sus camaradas de antaño.

Los custodios jugaban dominó en la garita de la entrada.

—Me encantó el vitral con velero amarillo que vi en tu cuarto —le comenté a Joaquinito, al despedirme: —Linda tu casa.

Un soldado cerraba la verja de hierro. Sonrió. Le faltaba un diente al soldado.

—Ésta ya no es mi casa —me respondió Joaquín con la carita trabada entre los barrotes de la puerta: —Yo no sé dónde está mi casa.

Apestando, solitario, hiperactivo, mi amigo vivía en la ratonera de su prisión domiciliaria, rodeado de libros. Sandokan, el valiente Sandokan, venía por él cada medianoche y lo llevaba a soñar por ahí, bien lejos. Si Sandokan no podía, por alguna razón comprensible (un tifón en las islas de la Polinesia, un combate naval en el mar de Célebes, Filipinas), Matías Pérez lo sustituía y entonces se iban a volar en globo sobre Santiago de las Vegas o los mausoleos del Cacahual. Gracias a la conspiradora tozudez de su hermana Annabelle, las autoridades del Ministerio del Interior cedieron a los reclamos de piedad y, como excepción de la regla, aceptaron por fin que el niño visitara a la familia De Diego-García Marruz, allá en la *arroyo-naranjera* Villa Berta. El Mando con mayúscula exigió dos condicionantes para la negociación: la permanente presencia de un custodio y el compromiso de que el niño nunca se quedara a dormir fuera de Calabazar. La vida, sin embargo, dictó sus propias normas y más temprano que tarde los carceleros se aburrían de hacer el ridículo en las escondidas y dejaron de ver enemigos en la muchachada que frecuentaba la finca para jugar baloncesto en un aro improvisado; si bien Joaquinito no se quedaba a dormir en casa, sí nos amanecía encima conversando en torno a un tablero de ajedrez, a buen refugio en la casa de muñecas de mi hermana, nuestro Club de Tobi. «¡A esconderse que ahí viene la basura!», cantábamos despatarrados de la risa. Poco a poco, ese mastodonte se metió en nuestros bolsillos. Llegaría a ser el hermano menor.

II

Un día cualquiera, Joaquín se escondió tan bien tras las arecas que se nos perdió de vista varios inviernos. Reapareció con diecisiete años, ya casado y con barba leve, de alguna manera independiente, decididamente soberano. Para esas fechas, vivía en un apartamento de La Rampa habanera, el centro de nuestras tentaciones nocturnas, en compañía de una actriz bella y célebre de quien yo había «leído hablar» porque también era un personaje de «*Tres tristes tigres*», la insuperable novela de Guillermo Cabrera Infante. Todo o casi todo en esta puta vida responde a un incierto mecanismo de *causalefecto*, y nuestro amigo entregó lo mejor de su juventud, es decir el candor, en aras de vivir una experiencia tal vez desamorada y prematura pero que entonces, en aquellos años duros de guerrillas y mayos franceses y zafras millonarias, en aquellas madrugadas de Gatos Tuertos y Picos Blancos y canciones protesta y baladas marihuanas y malecones desbordados, en aquellas tardes de conversación en la catedral y otoños patriarcales, fuera del juego y el paraíso prometido, entonces, contaba, se parecía muchísimo a la espléndida sensación de volar solo, libre, y de hacerlo a cuenta y riesgo en la dirección que nos diera a cada uno nuestra realísima gana. A finales de los 60, Joaquín llegó a vernos a nuestra casa en la calle E entre 21 y 23, número 503 (ya habíamos dejado atrás Villa Berta) y nos presumió el rosario de amigos que había encontrado en la ciudad. Gente de mucho mundo: directores de orquesta, contrabandistas de obras de arte, músicos de cabaret, productores de televisión, cantantes trasnochadas, bandidos de cine. A un reto, otro: volvimos a jugar ajedrez, como en los tiempos de oro de nuestra aún reciente adolescencia. «Te nos fuiste por delante, cabrón», le dije, «nos diste tubo y raya: escobita nueva barre bien» —y lancé contra el fianchetto de su enroque mi caballería, una torre, dos alfiles, mi dama y tres peones; lo hice con roña, saña, mala leche, porque esa noche de celos yo quería arrollarlo, doblarle las rodillas, derrotarlo sin piedad y así hacerle pagar la traición de ser «todo un hombre» antes de tiempo.

—¿Es bonito tu apartamento en La Rampa? —le pregunté dos jugadas antes de darle jaque mate.

—¿Bonito? Sí. Pero tampoco es mi casa.

A los diez minutos, Joaquín tuvo que reconocer mi superioridad. «Ahora, cuéntame, ¿no?», le dije y nos servimos dos vasos de ron *Caney*. «¿A esconderse que ahí viene la basura!». Puestos a beber, hablamos de mujeres. Digo, habló él; yo, escuchaba.

III

Joaquín siempre fue atrevido, ingobernable. Autodidacta de pura sangre, encontró en el periodismo, la radio y la crítica musical tres praderas estupendas donde desbocar su talento literario. En La Habana de los 70, sus radio-novelas causaron furor en amas de casa, enfermeras y albañiles; tantos años después de aquellas transmisiones, a veces escucho en sueños los alaridos de sus piratas *franchutes* al abordar, a sablazo limpio, las naves españolas que cargaban en la barriga lingotes de oro y estatuas en madera de Santiago Apóstol (¡ah!, Sandokan, el valiente Sandokan). Alguien, quizás su hijo Joaquín III, El Chino, debería armar un libro con los inteligentes y amenos artículos que publicara en *Encuentro en la red* y la *Revista Encuentro de la Cultura Cubana*, de la cual era miembro de su más reciente Consejo de Redacción. En esos

textos, la prosa no se endurece con la resina del erudito (sin duda era un profundo conocedor de la cultura cubana) porque él sabía conseguir para cada oración una musicalidad equivalente al género que comentaba, estableciendo así vasos comunicantes entre el sonido de la palabra misma y la literalidad silente de los compases descritos. Digan lo que digan bardos o líricos, la literatura no es música, sencillamente no suena a violín ni a maraca: ritmo sí, cadencia sí, cómo no. Joaquín cuidaba la partitura de cada semblanza, el tono de las sentencias y hasta la hondura de los silencios. Como buen caballero, le tentaban los duelos de la polémica y la confrontación, siempre que estuvieran de acuerdo con tres requisitos estilísticos: que fuesen limpios, al duro y sin guante. Que yo sepa, y creo conocer bastante a mi pequeño-gran oso, a lo único que tenía terror era a publicar su poesía, de veras buena. Me conmovía, me conmueve, esa profunda timidez de ermitaño. Recuerdo la imagen de un joven legionario (¿o era cosaco en el poema?) acucillado en el fondo de una trinchera de versos, bajo una nevada, y en la memoria lo escucho silbar octosílabos para sacudirse el frío, cañonazos van, relinchos vienen. Ernesto Cardenal le dedicaría a Joaquín un capítulo entero de su libro «*En Cuba*» (1972) —tanto lo habían impresionado los versos que el propio Joaquín se atreviera a leerle en casa de un amigo común. Para muestra, el botón de esta *Utopía* de Joaquín O.

UTOPIA

Sólo quiero todo lo que ha sido,  
una pequeña parcela de infinito  
donde buscar me paso a paso,  
como quien contempla una nube sin descifrarla,  
como quien relame una cifra.

Quiero, sólo, todo lo que soy,  
sin que falten una marisma o un naufragio,  
con las cárceles de rejas amiantadas  
y con el calor completo del infierno.

En una esquina, tú,  
que soy yo de otra forma  
que te busco, incesante.  
Todo tu ser me pertenece  
porque sólo puedo ser cuando otros son.

Lo que miro contempla mi mirada,  
se la apropia, la devuelve,  
le propina todas las estrellas  
y la expelle, como quien sueña  
el big bang de cada día.

Quiérome otro, como si nada,  
como si yo, como si siempre.  
Quiérome tú, lo que suspiras,  
lo que no puedo ser aunque lo busque:  
¡tantos espacios perdidos, tanta nada insuficiente!

Jugar el juego que tanto temo  
será mi único futuro:  
aspirar el humo de esa liturgia  
que apenas me roza  
aunque me quema.

Allá adentro sigo buscando todo lo perdido,  
dejado, olvidado.  
Renuncias sin conciencia,  
desgastes de rocío  
o vuelo de pájaro sin alas.  
Sólo se debe perder lo nuestro,  
el rincón verdadero que no quisimos,  
el desapego del beso.

Pero lo desconocido  
es la única esperanza  
y lo incierto, la certeza.  
No quiero irme por donde vine,  
sino por donde no se puede:  
no quiero sólo lo que he sido  
sino cualquier sorpresa.

#### IV

Nuestra amistad se basó en la discrepancia, como perro y gato. Cuando un perro y un gato se hacen compinches, el lazo no lo rompe nada ni nadie. Gracias a Dios opinábamos diferente sobre casi todos los temas de este mundo, incluido el de la existencia o no del propio Dios. Mi formación cristiana chocaba con la suya, marxista de cuna, como dos locomotoras en una misma línea y en sentido contrario. Yo prefería a Gabriel García Márquez, los Beatles y Roberto Fabelo; Joaquín a Mario Vargas Llosa, los Rolling Stones y Moisés Finalé. «El negativo Virgilio Piñera por delante del positivo José Lezama Lima», decía para mortificarme: «René Portocarretero detrás de Raúl Milán y Lino Novás Calvo sobre los hombros de Alejo Carpentier: la música popular cubana se acabó con *La Habana no aguanta más* de Juan Formell». Discutíamos a gusto. Sabroso. Barbarito Diez, Miguelito Cuní y Tito Gómez, mis tres ases, no les llegaban a las chancletas de los reyes de su *Olimpo All Star*: Benny Moré, Carlos Embale y Abelardo Barroso. Ni hablar del peluquín. Cómo comparar a Silvio Rodríguez con el versátil Pablo Milanés, «ni al bueno de tu primo

José María con su arrebatado hermano Sergio Vitier». *La Rebambaramba* de Amadeo Roldán, sí; *Siboney* de Ernesto Lecuona, no. *Los guerrilleros* de Servando Cabreña Moreno, por supuesto; las *Habaneras* del propio Servando, qué va. Para mi pesar, opinaba que el concepto *Nueva Trova* era en sí mismo un absurdo teórico, el ballet clásico un fósil del siglo XIX y la literatura de sus contemporáneos un desesperado intento de quedar bien con los dioses y con los diablos de la Isla. Según su precario juicio deportivo, el tramposo Alexander Alekine era mejor ajedrecista que el genial José Raúl Capablanca, ¡vaya disparate!, y Ángel Milián un boxeador más contundente que Teófilo Stevenson, el cinco veces monarca de los pesos completos. De zurdo a zurdo, mi idolatrado Rigoberto Betancourt (cartero en motocicleta de Arroyo Naranjo) parecía un pitcher manco ante las curvas de humo de Santiago Changa Mederos, el relevista por excelencia. «¡Ay, Joaquín, no digas boberías», le ripostaba: «¡Ahora resulta que, de Manuel a Manuel, Manuel Alarcón es mejor pitcher que Manuel Hurtado! Sería el colmo de los colmos». Pues sí, para él sí: el primero, oriental, superaba en toda la línea de lanzamientos al segundo, habanero. En baloncesto, quién alcanzaba a igualarse al temperamental *Tamakún* Martínez, muy superior a Pedro Chapé o Ruperto Herrera o el legendario Raúl García, de quienes mi hermana Fefé y yo éramos fanáticos ciegos.

Nosotros sólo coincidíamos en generalidades de nuestro panteón cultural: estábamos convencidos que los *Diarios* de José Martí inauguran la literatura cubana del siglo XX, y también de acuerdo en la tesis de que la Isla no sería país hasta que los negros fueran invitados a participar, de verdad, en el diseño de una nación moderna. Ambos aceptábamos los liderazgos generacionales de Tomás Gutiérrez Alea y Juan Carlos Tabío en el cine, Leo Brouwer y Pedro Luis Ferrer en la música, Alberto Méndez y Marianela Boán en la coreografía, Amelia Peláez y Pedro Pablo Oliva en la pintura, Alicia Alonso y Rosario Suárez en la danza, Manuel Moreno Friginals y Rafael Rojas en las visiones de la historia, Eladio Secades y Ramón Fernández Larrea en el humor, Raúl Corrales e Iván Cañas en la fotografía, Reinaldo Miravalles e Isabelita Santos en la actuación, Ambrosio Fornet e Iván de la Nuez en el ensayo, Vicente Revuelta y Víctor Varela en el teatro y, por capricho de sangre y graciosa vanidad, medio en broma o medio en serio, Eliseo Diego y nadie más en la literatura. Nos parecía una injusticia que la Virgen de Regla hubiera quedado un tanto eclipsada ante el brillo patronal de la Caridad del Cobre, siendo como era, la del puerto, una deidad urbana. Nunca lo contradije cuando me decía, con orgullo de quien descubre el agua tibia, que los frijoles negros llevan un chorro de aceite de oliva y una cucharadita de azúcar blanca, para que espesen rico. Ambos nos teníamos por expertos cocineros, pero de escuelas opuestas: yo me apegaba a las recetas tradicionales, de criollísima contención, y reconocía públicamente el magisterio de Nitzá Villapol. Joaquín no. De eso nada, monada. Cada vez que se disponía a preparar un tamal en cazuela, por ejemplo, en ese justo momento él estaba inventando la alquimia de la harina de maíz, la piedra filosofal del aliño al mojo de ajo, los fuegos fatuos del orégano. «Soy un profeta de la cebolla, el fabulador de las hojas de laurel, curandero del cilantro, el curri y el perejil», decía pomposo al anudarse el delantal tras sus cuarenta y seis pulgadas de cintura. Le importaba un comino el exceso de comino y condimentaba sus platillos a golpe de manos, con absoluta irresponsabilidad y arrogancia,

casi autosuficiencia. Pelaba papas, cantando. Debo reconocer, a fuerza de ser honesto, que era mucho mejor cocinero que este humilde servidor —aunque malo yo no sea, modestia aparte—. Ante un fogón, mi amigo era sencillamente un mago. Joaquín Merlín.

V

Dice Joaquín, en correos electrónicos a mi hermano Rapi: *«Si me preguntaran dónde y cuándo me gustaría haber nacido, no sabría qué responder. Mi relación con Cuba es mucho más compleja que la de cualquiera, pues, como sabes, «llegué» a ese lugar cuando tenía seis años y me llevó más de diez hacerme cubano. Soy decididamente apátrida y los nacionalismos me dan pavor. La palabra patria me suena fascista y considerar que determinado grupo humano es mejor o peor que otros, una aberración. En la medida de mis posibilidades, luché contra cualquier forma de prejuicio y ya soy hasta incapaz de hacer chistes racistas o relacionados con la homosexualidad. Muchas de estas cosas han significado recuperar lo que era (o lo que hubiera podido ser) de no haberme hecho cubano a la fuerza. Sabes que fui violento y machista y me avergüenzo de ello. Todo esto tiene alguna relación con el tema inicial, es decir, la política. (...) ¿Cómo seremos capaces de emplear nuestra próxima oportunidad? No lo sé, es una incógnita. ¿Será desde la venganza y el odio? ¿O tanto dolor nos ha obligado a crecer? ¿Seremos capaces de hacer una transición como la española o la portuguesa? ¿Incluso como la chilena? Espero que sí. ¿Podremos conservar una parte importante de los logros subjetivos y objetivos de estos cuarenta años? También creo que es posible, si todos hacemos concesiones. Pero todo ello será en vano si no logramos resolver o iniciar la solución del más grave de nuestros problemas: el racismo y todo lo que ello implica. (...) Mi relación con la «apatricidad» no llega a sus extremos por casualidad. Por una única casualidad: tengo una región que sí me pertenece, el idioma. Soy un decidido habitante del castellano y tengo un enorme problema en la asimilación de otros idiomas: no me conmueven, no me interesan. Debe de ser que soy decididamente haragán y perfeccionista, combinación fatal. Quiero decir, que el proceso de aprehender un idioma, hasta el punto de sentir sus matices y disfrutar de su literatura me ha parecido siempre una tarea desmedida. Así pues, he optado por o he recibido, o las dos cosas, una extraña nación cuya geografía no está compuesta por mares y montañas, sino por verbos y sustantivos (...). Un proyecto que tengo para el futuro es escribir sobre las letras de las canciones y su relación con la realidad cubana. Creo que en las letras de nuestras canciones está la historia emocional del pueblo cubano. Lo que pasa es que antes de iniciar el trabajo, tengo que transcribir miles de canciones. Como me pagan por ello, lo voy haciendo poco a poco. Voy por 170 (...). Debo confesar que soy decididamente «malandro». No me gusta esa zona de la canción cubana que toca con la lírica. Prefiero las voces de personas, como diría Bola (...). El tema de la pasión puede ser apasionante. Creo que nadie puede acusarme de no serlo. Sin embargo, no sé cómo, puedo ser una mezcla de pasión y frialdad que a veces me da miedo. Con el tema de la música, ser objetivo es, además, mi deber. Creo que el ejemplo que pones acerca de la música norteamericana no es bueno, con perdón, porque las tradiciones norteamericanas son mundos separados, mientras que las cubanas están más integradas. De hecho, Embale, Barroso y el Benny son un ejemplo de ello, como también lo fue Ignacio Piñeiro, de otra forma. Pero tienes razón al decir que no todos los peloteros son Martín*

*Dihigo, que jugaba todas las bases, picheaba y era un buen bateador (...). A pesar de los años y los dientes perdidos, siempre he sentido que mi mejor momento es el actual y no soporto las nostalgias temporales, como tampoco las territoriales».*

## VI

«¡A esconderse que ahí viene la basura!». Otro buen día, éste de 1973, Joaquín se ocultó otra vez tras las arecas y asomó la nariz en la Universidad Carlos Marx, de Leipzig. Tenía una beca para «vencer» estudios germánicos. Un día de invierno, le perdieron la pista en alguna taberna democrática y alemana. Un agente de la Seguridad del Estado fue a interrogarme a la Revista *Cuba Internacional*<sup>3</sup>, donde yo trabajaba, y me preguntó si creía a Joaquín capaz de traicionar la Revolución. Los oficiales que atendían su caso pensaban que mi amigo estaría en «el Berlín capitalista», al otro lado del Muro. Yo le dije al emisario que no se traiciona a quien antes te clavó un puñal por la espalda, y que de nada valía caernos los dos a mentiras. Al pan, pan; al vino, vino: ellos odiaban al incómodo Joaquín, a pesar de lo mucho que decían estimarle. Entonces cambié el rumbo de los reproches y me atreví a restarle importancia a la súbita desaparición: «No hay nada político en el asunto. Búsquenlo en hoteles de la montaña, revolcado en la nieve. Revisen cada cabaña abandonada, cada caverna: ese mala cabeza debe de haber ido en pos de una pelirroja despampanante, no jeringuen». Tenía razón: apareció en Polonia, enamorado de una chica con apellido raro y nadando en una bañera de vodka. A su regreso a la isla, nos citamos en el bar del restaurante *El Conejito*, uno de nuestros escondites preferidos.

—Hermano, Europa Oriental es una ruina: yo me largo —me dijo.

—¿Qué piensas hacer? —le pregunté.

—No pienso... Debo encontrar mi casa en otra latitud —me dijo al cabo de diez segundos largos y se apuró la cerveza: —La cerveza cubana, por cierto, es mejor que la berlínesa.

Una vez más se me adelantaba.

Yo sé qué estaba haciendo Joaquín el viernes 1 de junio de 1984, a las cinco y veinte minutos de la tarde. Ese día, a esa hora, quien esto escribe estaba solo como un perro en la sala de espera del Hospital Materno Infantil de Marianao. No recuerdo por qué nadie pudo acompañarme en fecha tan señalada, pero lo cierto es que me mordía las uñas en un descanso de la escalera cuando, sin esperarlo, escuché en el aire aquel lamento tirolés de mi adolescencia y sentí que retumbaba el piso del edificio bajo el trancazo de unas pisadas rotundas, y los bebitos sietemesinos saltaban como balones en las incubadoras y los bombillos eléctricos parpadeaban luz a intervalos angustiantes: era mi oso, Joaquín, que trotaba hacia mí a paso doble: «¡Ya llegué, ya llegué!», rebotaba el eco de su voz, de pared a pared. Al abrazarme, me traquéo la columna. Un minuto después, salió una enfermera y me anunció que había nacido María José.

Joaquín volvió a batir alas en 1987, en esta ocasión rumbo a Perú: allí cambió la piel. Con una mochila de desengaños al hombro, pateó el país de hocico a rabo: se

<sup>3</sup> Joaquín estrenó armas de reportero en la revista *Cuba Internacional*, antes de dedicarse a escribir guiones para la televisión y la radio. También colaboró en la revista *Cubatabaco*.

buscó la vida en la selva, la costa, el altiplano. Contrabandeaba aretes y pulseras, escribía historias por encargo, mataba el tiempo sin nostalgia. Trocaba desesperanzas profundas por ilusiones efímeras. En los descansos del calvario, amó a cuanta mujer se atrevió a aceptarlo como él era. Recorría a zancazos los laberintos de Lima la Horrible; al vuelo de su gabardina, levantaba embudos de polvos y hojarasca. El pico de su bufanda era lo último que desaparecía al doblar la bocacalle: mi fugitivo Jean Valjean. Niebla y alcantarillas. Allí volvimos a encontrarnos, en un oscuro departamento de la zona más mataperra de la ciudad, primer piso, sobre un taller de mecánica. Le iba mal. Estaba flaco, sin afeitarse, descamisado. Me ofreció pisco. Fumaba como una chimenea. No me dejó que abriera las cortinas para airear la sala. Acababa de adoptar la nacionalidad peruana, y se veía nervioso pero al mismo tiempo feliz de haber cortado definitivamente su cordón umbilical con la Isla y los anti-páticos recuerdos del pasado.

—La vida está al frente —me dijo.

Siete años después se posó definitivamente en Madrid. Por fin tenía casa. Su casa. «Tu casa», me dijo cuando le llevé de regalo una botella de ron cubano. Mi casa. Mi casa, sí. Una casa pequeña, limpia, que olía a cebolla y aguas de lavanda, una casa de puntal alto y piso de madera, crujiente, con un dormitorio al fondo. El oso me arrastró de la mano hasta el dormitorio. Abrió la puerta. Me empujó.

—Mira —dijo.

Yo miré. Y esto vi: un cuarto en sospechoso orden, perfectamente limpio, con el dibujo de un velero enmarcado en la pared principal. La imagen me hizo recordar al vitral de su cuarto de niño (un barco en una caja de luz). De pronto, todo olió a Calabazar. A hierba.

—¡Ya llegué, Lichi! —exclamó jadeante: —¡Ya llegué!

En un rincón, un tablerito de ajedrez.

**BLANCAS:** Eliseo Alberto.

**NEGRAS:** Joaquín Ordoqui.

Apertura Española o Ruy López.

Madrid, 11 de enero 2004.

Partida número 14156. Última del Match.

1. P4R, P4R
2. CR3A, CD3A
3. A5C, P3TD
4. A4T, C3A
5. O-O, P3T

¡Error! Una pérdida de tiempo que atrasa el avance de la tropa, conspira contra el necesario dominio del centro (primer baluarte en disputa) y, por tanto, cede la iniciativa a las piezas blancas sin nada a cambio, con lo cual las negras manifiestan un poco de temor, incertidumbre e incluso turbación —bajo la siempre precavida piel de la prudencia—. Mi pequeño-gran oso nunca aprendió a jugar bien una Ruy López. ¡Qué importa, carajo! ¿Tablas? ¡Tablas! Joaquín Ordoqui García murió el

domingo 11 de enero de 2004, en Madrid, a las ocho y media de la noche. Había cumplido cincuenta años. El Chino guardaba su sueño. Muy cerca estaban su hermana Annabelle y su sobrina Lourdes. Algo se me rompe adentro. Algo. Un músculo, una arteria, un hueso, una tripa. Cuando consiga rehacer mi alma, voy a buscar tras las arecas de la casa.

**III.**  
**CARTA**  
*Rapi*<sup>4</sup>

Querida hermana:

Ayer Lichi me contó lo de Joaquinito. No te puedo describir el efecto que me produjo. La sensación de que algo, o alguien, había cometido una injusticia atroz. Compartía tantas cosas con Joaquinito: la pasión por la música, juicios y reflexiones coincidentes sobre nuestra adolescencia y, en los últimos tiempos, nuestras enfermedades, una mirada irónica y divertida sobre nosotros mismos. Hablamos varias veces por teléfono y nos burlamos con alegría de nuestros problemas.

Hace apenas unos días soñé que Joaquín me llamaba por un teléfono celular:

—Gallego, estoy aquí, en México, en los jardines de tu edificio, baja a verme.

—Me visto y salgo corriendo para allá.

En el tocadiscos tenía puesto a *Bola de Nieve* que cantaba: «Tata Cuñengue, lo va a matá, son bicho malo domesticá, guanta cabeza, corta pezuña, corta ponzoña del animá...».

—No te asustes Raposo, estoy un poco cambiado, más flaco, pero me vas a reconocer enseguida porque me acompaña una muchacha muy bonita. Me previene Joaquín.

—Yo también estoy un poco cambiado, pero no te preocupes, porque seguro yo te veo primero.

Como sucede en los sueños, de repente no podía apagar el tocadiscos. Bola salta de una canción a la otra: *No me platicues más, Tú no sospechas, ¿Señor, por qué?*

Incapaz de apagar el aparato, lo dejaba encendido y con *Bola* cantando cada vez más alto a mis espaldas, me lanzaba corriendo al elevador; ya en él, practicaba frases supuestamente divertidas para atenuar la impresión del momento y que Joaquín no se diera cuenta. Nunca se abrieron las puertas del ascensor, desperté mientras descendía a su encuentro.

Luego que Lichi me diera la noticia llamé a Annabelle, hablamos como una hora, no tienes idea del bien que me hizo conversar con ella. Oír su voz, compartir su tristeza, apoyar la cabeza en quien ha sido el pilar de esa familia y, en parte, también de la mía, y sentir que, por un momento, también ella necesitaba un poco de apoyo. Escucharla y aceptar la idea.

Isabelle compró unas flores para Joaquín y las puso en la mesita de la sala. Son unas flores blancas, muy bonitas, y a cada rato las miro y pienso en él.

<sup>4</sup> Constante Diego.

Ahora acabo de releer nuestra correspondencia y me encuentro con un Joaquín vital y entusiasta que me da ánimos en mi enfermedad, comparte conmigo sus venturas y desventuras, reflexionamos juntos acerca de muchas cosas, coincidimos las más de las veces y disentimos amablemente y con humor las menos. La última carta es de él, nunca le contesté.

Miro las florecitas que compró Isa, escucho a *Bola* que me dice como a punto de echarse a llorar que «no se puede tener conciencia y corazón» y te escribo esta carta a ti como si por fin me decidiera a contestarle a él.

Miles de besos

tu Rapi